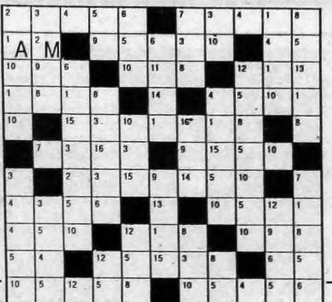
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION VIERNES




MARILYN
Página/2/3

Verano/12

ACA NO, BICHO

(Por Eduardo Blaustein) A la primera la entrevió, apenas. Corajuda, controló el respingo. Se limitó a aferrar doblemente la cartera y el brazo del tipo. El tipo la miró, inclinando un poco la cabeza. Le dijo:

—Por acá —y encendió la luz.

A la segunda la vio. Yacía, si es que las cucarachas yacen, muertita con las patas apuntando hacia el firmamento, doblándose luego, apuntando finalmente hacia el vientre reventado de Baygón. Se le cayó la cartera y tropezó con la silla.

—¿Qué hacés? —dijo el tipo.

Ella pensaba si el bicho estaba realmente lo que se dice muerto. Se han visto —musitaba— y comprobado decenas de miles de casos en los que las cucarachas presuntamente occisas responden con un último pataleo heroico en el momento exacto en que se le aproxima la palita, o la escoba.

—Hay vino frío —dijo él.

Ella lo miró con la boca abierta.

—Digo, en la heladera.

—Pasa que no quiero vino.

—¿Estás mareada todavía?

—Yo no dije que estuviera mareada.

Mentira. Si no hubiera tomado tanto wisky en *Tropitango* el tipo no se la hubiera llevado así de fácil. Más bien la recogió, la sostuvo, ensayó dos pasos de baile en la penumbra surcada por efectos lumínicos, la volvió a recoger —esta vez del piso— y la metió en el Fiat 147 coupé sin mayor verso ni ternura.

—¿Sos tachero?

—Te llevo a mi casa.

Ella no protestó pero por si las moscas vomitó un poco el tapizado leopardo. Se durmió todo, hasta que llegaron a Ituzaingó. El tipo se distraía dando vuelta una y otra vez el casete de Guillermo Guido. De vez en cuando aceleraba a fondo en un semáforo en rojo y relojeaba por el espejito. Ella dormía con la pollera negra arrugada, las piernas desnudas, los zoquetitos con hilos dorados y azul eléctrico comprados en el Once, los zapatitos chinescos reverberando en neón.

—Buenas gambas —dijo el tachero en un semáforo rojo y aceleró.

En Ituzaingó, frente a la casita de material, con la mina todavía apoliyada, el tipo sacó el pasacasetes, abrió el capot y metió agua en el radiador humeante, dejó el capot abierto, pasó una franela por el parabrisas, un plumero por el asiento delantero, sacó o extrajo a la piba del asiento trasero, limpió el tapizado, cerró el capot. Con una palmadita enérgica terminó de despertar a la niña depositada en el umbral de la casa.

A la primera apenas la entrevió. La segunda estaba muerta o agonizaba. Escucharon música y ella contó cómo le iba trabajando en Disco.

La tercera estaba en la pared. Atravesaba una etapa depresiva entre el plato de cerámica esmaltada y el reloj que marcaba las tres y diez. En guardia, insegura, la cucaracha tanteaba con las antenas la posibilidad de una vida mejor, una vida más digna, con justicia social y sin luces que se encienden de pronto en la cocina. Las cucarachas creen en la justicia social. El Baygón es el recurso último del sistema. Sobre estas y otras cuestiones cavilaba la cucaracha. Enorme, horrible, palpitante en la pared. Ella la vio. La señaló. La denunció.

—Una... cucaracha —la recontrabuchoneó.

El tipo cazó una ojota tirada. Se acercó en puntas de pie, le guiñó un ojo a la mina y sin dejar de mirarla —a la mina— aplastó la ojota.

—¡Clashh! —hizo la ojota y ella lloró. "No zonzita", susurró él a medio milímetro de la oreja, "si no te hace nada". Le acarició el pelo, le quitó la flor de plástico del pelo, le dijo cosas muy hermosas: "Zonzita", "Bobita" y también: "Hay vino en la heladera". Ella se dejaba, mirando un punto en la pared, entre el plato esmaltado y el reloj. Eran las cuatro y monedas, el tipo ya metía mano entre las piernas, la bombacha blanca dormitaba arrollada en la pantorrilla izquierda de la cajera de Disco. Ella se inclinó para quitarla.

La cuarta emergía bajo las patas del Gicovate, se diría que correteaba con algún afán impreciso, como un corresponsal de guerra. Recto hacia vaya a saber dónde, las antenas enhiestas, las patitas en trote sistemático haciendo tiqui-tiqui-tiqui-tiqui contra el flexiplás. El tipo paró la mano cuando percibió los músculos tiesos de la cajera. Agarró el *Diario Popular* de la mesita pero en lugar de aplastar optó por un único gesto austero consistente en deslizamiento, empalado y arrojamiento de la cucaracha que —proyectada hacia el exterior— se vio volando hasta colisionar con una maceta del patio. El insecto se quitó el polvo, resopló, movió las antenitas y, otra vez, tiqui-tiqui-tiqui-tiqui, no tenemos plazos sino objetivos.

—Oh, dijo ella y posó las manos en la nuca de su hombre.

—Salen en verano, viste —se disculpó el tipo, desabrochándose el pantalón. "Acá no, bicho", dijo ella. "Qué lindas tetas tenés", retomó el tipo, ya en el dormitorio. "¿Te gustan?", jugueteó ella. "Me pasaría el verano mirándolas", retrucó él.

La quinta cucaracha —quizá era la cuarta que volvía del patio— se aproximó lentamente a las patas de la cama. Se apoyó en las dos patitas de atrás y alzó la mirada hacia la pareja. Los dos estaban dormidos. Ella con la mano reposando sobre la entrepierna del tachero. El apoyando la mejilla sobre el vientre tibio de la cajera. Le colgaba un hilo dulce de baba.

La sexta se acercó y rozó las antenas con la quinta que quizás era la cuarta. Ambas permanecieron quietecitas mirando la escena amorosa. Después se retiraron en silencio. Tiqui-tiqui-tiqui-tiqui.

Por Guillermo Cabrera Infante

Cada verano Marilyn Monroe resucita de entre los muertos. Ella es un fuego fatuo o tal vez una luciérnaga fugaz, pero con luz propia. Es, de hecho, un cometa Halley frecuente.

El verano pasado, Sam Shaw —autor de una de las mejores colecciones de fotos sobre Marilyn que se dio a conocer en agosto pasado en Nueva York y Londres— me tomaba fotos paseando cerca de la Avenida del Parque cuando, cansado, busqué un banco en que sentarme bajo los árboles, huyendo del calor y de la gente y su ruido. Nueva York puede dar un sentido exacto a la palabra muchedumbre. Al sentarnos, Sam dijo sin mayor énfasis: «En este banco retraté una vez a Marilyn». Marilyn es la única Marilyn de todas las mujeres posibles.

—Había una pareja al lado —me confió Sam—, tratando de hacer el amor o de hacer las paces. En todo caso, nunca supieron lo cerca que estuvieron de la gran estrella del cine, de la diosa, precisamente, del amor.

En un cuento del autor más americano posible, Mark Twain, el escritor finge anotar en un cuaderno de viaje, yendo en barco alrededor del mundo: «Hoy cruzamos la línea del ecuador. Mary tomó fotos». Sam no toma fotos de una imaginaria línea geográfica, sino de estrellas reales. O todo lo real que pueden ser las estrellas. Marilyn fue más famosa que ese John Lennon que dijo una vez: «Soy más famoso que Cristo». ¡Josú! Marilyn, al revés de Lennon, es una leyenda que se agiganta con el tiempo, no una blasfemia.

La leyenda de M.M. comenzó con uno o dos fotógrafos. Antes de que fuera una diosa del cine, Marilyn era la niña bonita de fotógrafos como André de Dienes, que fue quien primero la retrató desnuda y su amante (dice De Dienes), hasta Sam Shaw, que la siguió a todas partes cámara en mano, desde el Parque Central de Nueva York (los amantes de verano nunca la vieron) hasta Los Angeles, y de vuelta a esa parrilla en una acera de Manhattan, en una fotografía que dio la vuelta al mundo varias veces. Ver alzarse la falda de Marilyn (que insistía en no llevar nada debajo) es uno de los iconos del siglo, como Hitler bailando en París o Einstein sacando la lengua al fotógrafo. Muchas muchachas han imitado esa pose (la de Marilyn en la parrilla que refresca), muchos fotógrafos la han calcado y hasta una película francesa, *Diva*, en el colmo de la adulación a la estrella hace de ese momento Monroe un homenaje a su anatomía revelada a la noche. Pero esas piernas francesas no son lo mismo, no son las mismas. Las piernas de Marilyn no necesitaban doble.

—El viento debió serles favorable —le dije a Sam.

—¿Cómo?

—A la pareja que no vio. Se dice que Marilyn se bañaba poco, que sus pies y manos estaban siempre sucios, que olía. Nunca conoció parece, el desodorante.

—¡Mentira todo! —exclamó Sam, un hombre apacible.

—Lo han escrito varios cronistas después de su muerte.

—Estaban escribiendo sobre un cadáver. Marilyn viva era tan fragante como aparece en mis fotografías, aun en *blue jeans*.

—Fue una de las primeras en llevarlos, ¿no?

—Tal vez porque era la única que podía llenarlos.

—Es una ninfa que quisiste perpetuar.

—Marilyn nunca fue una ninfa.

—Citaba, recitaba *La siesta de un fauno*. Mallarmé comienza su poema diciendo: «Esas ninfas, yo las voy a perpetuar».

—Marilyn fue siempre una mujer.

—Como Rita Hayworth.

—Sólo que no era nada latina, aunque se comportaba como una gitana rubia.

—Teñida.

—Siempre la conocí rubia. Aun en la foto del escándalo, desnuda en *Playboy*, era rubia. Allí no se ve que es rubia natural, pero nada lo contradice tampoco.

Sam Shaw no es nunca malicioso.

—Laurence Olivier dijo que Miss Monroe, en sus palabras, «tenía el extraordinario don de ser capaz de sugerir ahora que es la más traviesa de las niñas y un segundo más tarde que es perfectamente inocente».

—Marilyn era una inocente en medio de todo. Lo fue hasta el final. Era la víctima de todos.

—Más *Bus Stop* que *Niágara*.

—Exacto.

—La noche que vi *Bus Stop* en el teatro, en 1955, Marilyn estaba en la sala.

—Marilyn Monroe desaparecía en Manhattan y reaparecía Norma Jean. A veces era como Scarlet O'Neil, la increíble mujer invisible. En Hollywood era una estrella refulgente en todas partes, pero en Manhattan, sin pintura, simplemente vestida y muy pero muy modesta, no era nadie de día. Por la noche se maquillaba y se vestía para disfrazarse de Marilyn Monroe. Hasta la filmación y el estreno de *La comezón del séptimo año*. Allí se hizo una superestrella de la noche a la mañana. De la noche en que rodó, delante de la prensa y ante miles de noctámbulos, la escena en que se da una ducha de aire invertido en la parrilla de ventilación del *subway*. Yo estaba allí y lo vi todo y aparte de los *stills* tirados por el fotofija de la película, hice las fotos que se pueden llamar oficiales de la secuencia. Mis fotos recorrieron el mundo. Es decir, Marilyn recorrió el mundo, pero las fotos eran mías. Eran de ella, claro, pero hechas por mí. Marilyn estaba de veras divertida y nunca se la vio más viva. En la película ella era una realidad hecha fantasía, hecha realidad. Así fue en las fotos que tomé. ¿Podría haber mujer más linda? ¿Sería real o era producto del maquillaje y la iluminación? En mis fotos, muy simples, se veía más linda que en el cine. Sin embargo, en la realidad era más linda.

—Sir Laurence le dijo que si veía una mu-



MAR

Guillermo Cabrera Infant
de cine y fue fundad
cubana. Por diferen
. revolucionario vivió en
Obtuvo el premio Bib
novela *Vista del amane*
fama literaria con una
tristes tigres (1966).
Habana para un infante
Cabrera Infante re
circunstancial con Sam
acompañó durante añ



MARILYN

Guillermo Cabrera Infante comenzó como crítico de cine y fue fundador de la Cinemateca cubana. Por diferencias con el proceso revolucionario vivió en Londres desde 1965. Obtuvo el premio Biblioteca Breve con su novela *Vista del amanecer en el Trópico,* y la fama literaria con una obra posterior: *Tres tristes tigres* (1966). En 1979 escribió *La Habana para un infante difunto.* En esta crónica Cabrera Infante relata su encuentro circunstancial con Sam Shaw, el fotógrafo que acompañó durante años a Marilyn Monroe.

Por Guillermo Cabrera Infante

Cada verano Marilyn Monroe resucita de entre los muertos. Ella es un fuego fatuo o tal vez una luciérnaga fugaz, pero con luz propia. Es, de hecho, un cometa Halley frecuente.

El verano pasado, Sam Shaw —autor de una de las mejores colecciones de fotos sobre Marilyn que se dio a conocer en agosto pasado en Nueva York y Londres— me tomaba fotos paseando cerca de la Avenida del Parque cuando, cansado, busqué un banco en que sentarme bajo los árboles, huyendo del calor y de la gente y su ruido. Nueva York puede dar un sentido exacto a la palabra muchedumbre. Al sentarnos, Sam dijo sin mayor énfasis: «En este banco retraté una vez a Marilyn». Marilyn es la única Marilyn de todas las mujeres posibles.

—Había una pareja al lado —me confió Sam—, tratando de hacer el amor o de hacer las paces. En todo caso, nunca supieron lo cerca que estuvieron de la gran estrella del cine, de la diosa, precisamente, del amor.

En un cuento del autor más americano posible, Mark Twain, el escritor finge anotar en un cuaderno de viaje, yendo en barco alrededor del mundo: «Hoy cruzamos la línea del ecuador. Mary tomó fotos». Sam no toma fotos de una imaginaria línea geográfica, sino de estrellas reales. O todo lo real que pueden ser las estrellas. Marilyn fue más famosa que ese John Lennon que dijo una vez: «Soy más famoso que Cristo». ¡Josú! Marilyn, al revés de Lennon, es una leyenda que se agiganta con el tiempo, no una blasfemia.

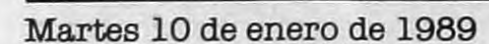
La leyenda de M.M., comenzó con uno o dos fotógrafos. Antes de que fuera una diosa del cine, Marilyn era la niña bonita de fotógrafos como André de Dienes, que fue quien primero la retrató desnuda y su amante (dice De Dienes), hasta Sam Shaw, que la siguió a todas partes cámara en mano, desde el Parque Central de Nueva York (los amantes de verano nunca la vieron) hasta Los Angeles, y de vuelta a esa parrilla en una acera de Manhattan, en una fotografía que dio la vuelta al mundo varias veces. Ver alzarse la falda de Marilyn (que insistía en no llevar nada debajo) es uno de los iconos del siglo, como Hitler bailando en París o Einstein sacando la lengua al fotógrafo. Muchas muchachas han imitado esa pose (la de Marilyn en la parrilla que refresca), muchos fotógrafos la han calcado y hasta una película francesa, *Diva*, en el colmo de la adulación a la estrella hace de ese momento Monroe un homenaje a su anatomía revelada a la noche. Pero esas piernas francesas no son lo mismo, no son las mismas. Las piernas de Marilyn no necesitaban doble.

—El viento debió serles favorable —le dije a Sam.

—¿Cómo?

—A la pareja que no vio. Se dice que Marilyn se bañaba poco, que sus pies y manos estaban siempre sucios, que olía. Nunca conoció parece, el desodorante.

—¡Mentira todo! —exclamó Sam, un hombre apacible.



—Lo han escrito varios cronistas después de su muerte.

—Estaban escribiendo sobre un cadáver. Marilyn viva era tan fragante como aparece en mis fotografías, aun en *blue jeans*.

—Fue una de las primeras en llevarlos, ¿no?

—Tal vez porque era la única que podía llenarlos.

—Es una ninfa que quisiste perpetuar.

—Marilyn nunca fue una ninfa.

—Citaba, recitaba *La siesta de un fauno*. Mallarmé comienza su poema diciendo: «Esas ninfas, yo las voy a perpetuar».

—Marilyn fue siempre una mujer.

—Como Rita Hayworth.

—Sólo que no era nada latina, aunque se comportaba como una gitana rubia.

—Teñida.

—Siempre la conocí rubia. Aun en la foto del escándalo, desnuda en *Playboy*, era rubia. Allí no se ve que es rubia natural, pero nada lo contradice tampoco.

Sam Shaw no es nunca malicioso.

—Laurence Olivier dijo que Miss Monroe, en sus palabras, «tenía el extraordinario don de ser capaz de sugerir ahora que es la más traviesa de las niñas y un segundo más tarde que es perfectamente inocente».

—Marilyn era una inocente en medio de todo. Lo fue hasta el final. Era la víctima de todos.

—Más *Bus Stop* que *Niágara*.

—Exacto.

—La noche que vi *Bus Stop* en el teatro, en 1955, Marilyn estaba en la sala.

—Marilyn Monroe desaparecía en Manhattan y reaparecía Norma Jean. A veces era como Scarlet O'Neil, la increíble mujer invisible. En Hollywood era una estrella refulgente en todas partes, pero en Manhattan, sin pintura, simplemente vestida y muy pero muy modesta, no era nadie de día. Por la noche se maquillaba y se vestía para disfrazarse de Marilyn Monroe. Hasta la filmación y el estreno de *La comezón del séptimo año*. Allí se hizo una superestrella de la noche a la mañana. De la noche en que rodó, delante de la prensa y ante miles de noctámbulos, la escena en que se da una ducha de aire invertido en la parrilla de ventilación del *subway*. Yo estaba allí y lo vi todo y aparte de los *stills* tirados por el fotofija de la película, hice las fotos que se pueden llamar oficiales de la secuencia. Mis fotos recorrieron el mundo. Es decir, Marilyn recorrió el mundo, pero las fotos eran mías. Eran de ella, claro, pero hechas por mí. Marilyn estaba de veras divertida y nunca se la vio más viva. En la película ella era una realidad hecha fantasía, hecha realidad. Así fue en las fotos que tomé. ¿Podría haber mujer más linda? ¿Sería real o era producto del maquillaje y la iluminación? En mis fotos, muy simples, se veía más linda que en el cine. Sin embargo, en la realidad era más linda.

—Sir Laurence le dijo que si veía una mujer más bella que ella se desmayaría, caería redondo a lo hondo.

Sam supo.

—Vi a Marilyn más de una vez, fui su fotógrafo y su amigo durante años y siempre fue de una belleza que parecía imposible de captar con la cámara. No creo que yo lo haya conseguido. La vi más de una vez, creo, y nunca sentí necesidad de desmayarme.

—Olivier exageraba de una manera shakespeariana, por supuesto. Por otra parte, Vivien Leigh, su mujer, era más bella que Marilyn.

—Nunca la conocí.

—Yo tampoco. Hablo de la belleza en la pantalla.

—Ah, pero Marilyn en la vida real era otra cosa. Muy delicada mujer, muy insegura, muy vulnerable.

—También Vivien Leigh.

Sam siguió.

—Congelar esa belleza con la cámara fue mi ilusión y mi desespero.

—Pero Marilyn se pasaba horas ante el espejo. Ella misma lo admitía.

—Esa era su inseguridad, no su falta de belleza. Tenía la obsesión con su nariz. A mí me parecía el toque feo que convenía a su cara demasiado linda.

—Néstor Almendros, fotógrafo de cine, declaró que Marilyn tenía un defecto fatal y eran sus ojos separados, casi a cada lado de la cara.

—Ese defecto hacía efectos.

—Esa es una idea moderna de la belleza femenina. Quien primero la expresó fue Dégas, el pintor, que dijo: «Toda mujer bella debe tener algo feo». Eso se llama carácter.

—En el caso de Marilyn yo lo llamo una sublime obsesión. Ella quería ser perfecta, una obra de arte que camina.

—Pero tenía demasiadas tetas, demasiado culo. No sería un Dégas, sería un Picasso.

—Ella inauguró la belleza como exageración en el cine. Es bien visible en *La comezón* desde el principio.

—Prefiero a Kim Novak, en ese estilo.

—Pero Kim Novak era un epígono, una imitación.

—A veces las imitaciones son más perfectas que el original, como pasa con las perlas de Mallorca.

—Un diamante, *my friend,* será siempre un diamante.

—¿No era Marilyn la que cantaba «Los diamantes son la mejor amistad»?

—Para una chica. Eso era en *Los caballeros las prefieren rubias.* Por cierto, Marilyn encarnó esa rubia preferida (ojos azules de eterno asombro, boca roja y tetas y culo) a la perfección. Ella es lo único que uno recuerda de esa cinta.

—Y Jane Russell.

—Jane Russell ganó doscientos mil dólares por su intervención, Marilyn quinientos a la semana, a pesar de que los caballeros la preferían a ella.

—Hubo un visible salto entre la Monroe de *Los caballeros...* y la Marilyn que se apropió para siempre de ese nombre en *La comezón*. Ella gustaba de repetir una cita de nada menos que Goethe, «El talento se desarrolla siempre en privado».

—En su caso fue un talento que se desarrolló bien en público, de película en película, de foto en foto, de apariciones ante la prensa. Hasta sus matrimonios y sus divorcios y sus romances fueron públicos. Había poca cosa privada en la Marilyn de esos años.

Sam, a quien Marilyn en sus días de gloria llamaba Sam Spade, el hombre que persiguió al halcón de pedrería más allá de un nido de malvados, Sam Shaw sabio pudo haber dicho, como Von Sternberg, «Agité el océano y surgió una mujer destinada a cautivar el mundo». Hablaba el Von por supuesto de Marlene Dietrich. Pero Sam, siempre escondido detrás de su cámara, es un hombre callado y nunca dijo nada. Me tomó años de amistad para que dijera lo que ha dicho. Hubo que conminarlo más de una vez: *«Say it again, Sam»*.

Samuel Shaw, fotógrafo, productor de cine y confidente de actores tan difíciles como John Cassavetes y Anthony Quinn, además de conocer por el nombre a cientos de extras extraordinarias, conoció a Marilyn Monroe en fecha tan remota como la filmación de *Viva Zapata*. Marilyn Monroe no era entonces ni Marilyn ni la Monroe y casi no era Marilyn Monroe. Respondía todavía por el nombre de Norma Jean, hoy tan pop y entonces tan olvidable. Marilyn no era una actricita ni una *starlett* y no tenía contrato fijo y trabajaba de extra a veces. Ella era una de las extras que Sam, el hombre que inventó la modestia, no sólo saludaba sino retrataba.

Sam contiene en su archivo de fotos y en su panoplia invertida de negativos más estrellas, para parafrasear a Louis B. Mayer, el hombre que fue el león de la Metro, más astros que los que hay en el cielo de noche. En sus *contactos* tiene su paraíso y su limbo. Pero no ha querido instalar su infierno. De entre sus fotos, muchas, de Marilyn y de sus recuerdos ha salido esta conversación que gira de cerca a la estrella más fulgente, como insistía Hedda Hopper, la cronista de Hollywood que alabó a la Monroe más allá de todo adjetivo, en un despliegue casi embarazoso. Hedda Hopper, sin embargo, cuando Marilyn fue suspendida por la Fox de su última película, *Something Got to Give* (inconclusa) aplaudió públicamente al estudio. No más Marilyn Monroe. Esa suspensión, según algunos, condujo a su suicidio. Sam, categórico, niega que Hollywood fuera la causa de la muerte de Marilyn. «Holywood no la destruyó pero tampoco la hizo. Marilyn fue su Frankenstein, creadora y monstruo a la vez. A Marilyn la mató la soledad de los célebres». Terenci Moix, el autor de *El día que murió Marilyn*, nueva novela, diría que la mató el demasiado amor. Creo, de veras, que a Marilyn Monroe, como a todos, la mató la vida.





RILYN

e comenzó como crítico
or de la Cinemateca
cias con el proceso
Londres desde 1965.
lioteca Breve con su
cer en el Trópico, y la
obra posterior: *Tres*
En 1979 escribió *La*
difunto. En esta crónica
lata su encuentro
Shaw, el fotógrafo que
os a Marilyn Monroe.

jer más bella que ella se desmayaría, caería redondo a lo hondo.

Sam supo.

—Vi a Marilyn más de una vez, fui su fotógrafo y su amigo durante años y siempre fue de una belleza que parecía imposible de captar con la cámara. No creo que yo lo haya conseguido. La vi más de una vez, creo, y nunca sentí necesidad de desmayarme.

—Olivier exageraba de una manera shakespeariana, por supuesto. Por otra parte, Vivien Leigh, su mujer, era más bella que Marilyn.

—Nunca la conocí.

—Yo tampoco. Hablo de la belleza en la pantalla.

—Ah, pero Marilyn en la vida real era otra cosa. Muy delicada mujer, muy insegura, muy vulnerable.

—También Vivien Leigh.

Sam siguió.

—Congelar esa belleza con la cámara fue mi ilusión y mi desespero.

—Pero Marilyn se pasaba horas ante el espejo. Ella misma lo admitía.

—Esa era su inseguridad, no su falta de belleza. Tenía la obsesión con su nariz. A mí me parecía el toque feo que convenía a su cara demasiado linda.

—Néstor Almendros, fotógrafo de cine, declaró que Marilyn tenía un defecto fatal y eran sus ojos separados, casi a cada lado de la cara.

—Ese defecto hacía efectos.

—Esa es una idea moderna de la belleza femenina. Quien primero la expresó fue Dégas, el pintor, que dijo: «Toda mujer bella debe tener algo feo». Eso se llama carácter.

—En el caso de Marilyn yo lo llamo una sublime obsesión. Ella quería ser perfecta, una obra de arte que camina.

—Pero tenía demasiadas tetas, demasiado culo. No sería un Dégas, sería un Picasso.

—Ella inauguró la belleza como exageración en el cine. Es bien visible en *La comezón* desde el principio.

—Prefiero a Kim Novak, en ese estilo.

—Pero Kim Novak era un epígono, una imitación.

—A veces las imitaciones son más perfectas que el original, como pasa con las perlas de Mallorca.

—Un diamante, *my friend,* será siempre un diamante.

—¿No era Marilyn la que cantaba «Los diamantes son la mejor amistad»?

—Para una chica. Eso era en *Los caballeros las prefieren rubias.* Por cierto, Marilyn encarnó esa rubia preferida (ojos azules de eterno asombro, boca roja y tetas y culo) a la perfección. Ella es lo único que uno recuerda de esa cinta.

—Y Jane Russell.

—Jane Russell ganó doscientos mil dólares por su intervención, Marilyn quinientos a la semana, a pesar de que los caballeros la preferían a ella.

—Hubo un visible salto entre la Monroe de *Los caballeros...* y la Marilyn que se apropió para siempre de ese nombre en *La comezón.* Ella gustaba de repetir una cita de nada menos que Goethe, «El talento se desarrolla siempre en privado».

—En su caso fue un talento que se desarrolló bien en público, de película en película, de foto en foto, de apariciones ante la prensa. Hasta sus matrimonios y sus divorcios y sus romances fueron públicos. Había poca cosa privada en la Marilyn de esos años.

Sam, a quien Marilyn en sus días de gloria llamaba Sam Spade, el hombre que persiguió al halcón de pedrería más allá de un nido de malvados, Sam Shaw sabio pudo haber dicho, como Von Sternberg, «Agité el océano y surgió una mujer destinada a cautivar el mundo». Hablaba el Von por supuesto de Marlene Dietrich. Pero Sam, siempre escondido detrás de su cámara, es un hombre callado y nunca dijo nada. Me tomó años de amistad para que dijera lo que ha dicho. Hubo que conminarlo más de una vez: *«Say it again, Sam».*

Samuel Shaw, fotógrafo, productor de cine y confidente de actores tan difíciles como John Cassavetes y Anthony Quinn, además de conocer por el nombre a cientos de extras extraordinarias, conoció a Marilyn Monroe en fecha tan remota como la filmación de *Viva Zapata.* Marilyn Monroe no era entonces ni Marilyn ni la Monroe y casi no era Marilyn Monroe. Respondía todavía por el nombre de Norma Jean, hoy tan pop y entonces tan olvidable. Marilyn no era una actricita ni una *starlett* y no tenía contrato fijo y trabajaba de extra a veces. Ella era una de las extras que Sam, el hombre que inventó la modestia, no sólo saludaba sino retrataba.

Sam contiene en su archivo de fotos y en su panoplia invertida de negativos más estrellas, para parafrasear a Louis B. Mayer, el hombre que fue el león de la Metro, más astros que los que hay en el cielo de noche. En sus *contactos* tiene su paraíso y su limbo. Pero no ha querido instalar su infierno. De entre sus fotos, muchas, de Marilyn y de sus recuerdos ha salido esta conversación que gira de cerca a la estrella más fulgente, como insistía Hedda Hopper, la cronista de Hollywood que alabó a la Monroe más allá de todo adjetivo, en un despliegue casi embarazoso. Hedda Hopper, sin embargo, cuando Marilyn fue suspendida por la Fox de su última película, *Something Got to Give* (inconclusa) aplaudió públicamente al estudio. No más Marilyn Monroe. Esa suspensión, según algunos, condujo a su suicidio. Sam, categórico, niega que Hollywood fuera la causa de la muerte de Marilyn. «Holywood no la destruyó pero tampoco la hizo. Marilyn fue su Frankenstein, creadora y monstruo a la vez. A Marilyn la mató la soledad de los célebres». Terenci Moix, el autor de *El día que murió Marilyn,* nueva novela, diría que la mató el demasiado amor. Creo, de veras, que a Marilyn Monroe, como a todos, la mató la vida.



MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

5. Aparece Jonathan Morris



Cuando, durante la redada ordenada por el jefe Andrews, el embajador de China ante las Naciones Unidas intentó hacer valer su calidad de diplomático, fue acallado a golpes de cachiporra. Más tarde fue sometido a un intenso interrogatorio, y su desconocimiento de cualquier hecho relativo a la Banda del Ciempiés lo hizo más y más sospechoso ante los defensores de la ley, quienes acudieron al apremio físico. Le cortaron las manos y los pies, lo pincharon con agujas y lo tajearon con navajas. Cuando murió, fue licuado en una máquina especial y el líquido resultante se hizo desaparecer por medio de unas cañerías instaladas con ese fin, conectadas a la red cloacal de la ciudad. Días más tarde apareció en la prensa un pequeño suelto que mencionaba la misteriosa desaparición del embajador chino ante las Naciones Unidas, y se recogían varias versiones, todas ellas inexactas.

Sin embargo, en la noche de la redada, la detención del embajador había sido advertida por un curioso personaje que observaba desde una mesa distante todos los acontecimientos; si bien era chino y había reconocido al embajador, el curioso personaje no fue molestado en la redada porque había tenido la precaución de operar sus párpados de aspecto oriental y de maquillarse convenientemente para disimular el color de su piel. Este personaje era un monje budista, venido a Occidente con la misión de divulgar las doctrinas budistas, especialmente en sus aspectos Zen. Esta misión debía realizarla entre pocos elegidos que tomaría como discípulos; mientras tanto, el personaje había adoptado un nombre occidental —Jonathan Morris—, y perfeccionado su pronunciación del inglés hasta borrar todo rastro de acento, y se había ubicado en una profesión liberal adecuada a sus fines, la de periodista *free-lance*. En realidad, en lo sustancial era sostenido económicamente por la central budista y por los servicios secretos de inteligencia chinos.

Jonathan Morris supo, pues, cómo había desaparecido el embajador de su país, y algunos de sus contactos le permitieron conocer los detalles que no habían trascendido a la prensa y se ignoraban incluso en las altas esferas gubernamentales. No vaciló en comunicar lo que sabía a las autoridades de su país, por intermedio de sus contactos especiales.

Paralelamente a la redada de chinos, aquella misma noche se realizaba la frenética búsqueda de los maleantes que habían manteado al jefe Andrews y lo habían arrojado por la ventana; esa búsqueda no dio el menor resultado, pese al impresionante despliegue de las fuerzas del orden, las que no dejaron sin explorar un centímetro cuadrado del edificio. Era muy posible que los maleantes se hubieran camuflado entre los otros habitantes, o bien que la construcción contara con entradas y salidas secretas que no figuran en los planos presentados a la Intendencia para su aprobación. Sin embargo, los habitantes del edificio fueron examinados cuidadosamente uno por uno sin que se encontrara en ellos nada de sospechoso, a pesar de que, en la confusión del momento, se hubieran producido una serie de incidentes, entre ellos el despedazamiento de los propios hijos del jefe Andrews, a quienes creyeron enanos disfrazados. La esposa de Andrews, que salió en defensa de los niños, fue violada por varios agentes y luego muerta a palos.

Pero el jefe Andrews no llegó, al menos en esos momentos, a enterarse de la triste noticia; más adelante las autoridades hospitalarias dieron a conocer un comunicado en el que se decía que Andrews había fallecido sin recobrar el conocimiento, a causa de los traumatismos varios, especialmente de columna y cerebro, que había sufrido por causa del maltrato de los delincuentes. Durante el velatorio, que se hizo juntamente con el de su mujer y sus hijos y en el que hubo una nutrida concurrencia, un observador avezado —que no los había— tal vez hubiese reparado en una figura misteriosa que deslizó un paquetito en el interior del ataúd.

(Próximo episodio: "¿Qué sucede con la pequeña vendedora de violetas?")

JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Vendedores ambulantes

Cinco vendedores ambulantes salen todos los días a ganarse el pan. Deduzca dónde trabaja cada uno, qué producto vende y a qué precio.

1. El precio del producto que se vende en el aeropuerto más el del que ofrece Rogelio, es lo que vale un cortaplumas.
2. El cortaplumas no se vende en el autobús.
3. Los libros de cuentos se venden en el tren, no los ofrece Walter ni Fabio.
4. Walter vende su producto a $ 2.
5. Fabio vende su producto $ 1 más barato que el de Gustavo.
6. El producto que vale $ 1,50 se vende en la plaza.
7. Santiago trabaja en el estadio.
8. Cada chocolate cuesta $ 1 menos que un portadocumentos.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		VENDEDOR					PRODUCTO					PRECIO				
		Fabio	Gustavo	Rogelio	Santiago	Walter	Cortaplumas	Chocolates	Libros	Llaveros	Portadoc.	$1,50	$2	$2,50	$3,50	$4
LUGAR	Autobús															
	Plaza															
	Aeropuerto															
	Estadio															
	Tren															
PRECIO	$1,50															
	$2															
	$2,50															
	$3,50															
	$4															
PRODUCTO	Cortaplumas															
	Chocolates															
	Libros de cuentos															
	Llaveros															
	Portadocumentos															

LUGAR	VENDEDOR	PRODUCTO	PRECIO

SOPA DEPORTIVA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ALPINISMO
ATLETISMO
AUTOMOVILISMO
BALONCESTO
BOXEO
CICLISMO
EQUITACION
ESGRIMA
ESQUI
FUTBOL
GOLF
JUDO
NATACION
PATINAJE
POLO
RUGBY
SQUASH
TENIS

A	L	O	T	K	S	Q	U	A	S	H	I	M	O
U	B	A	E	S	G	R	I	M	A	R	N	A	C
T	S	T	N	A	B	F	C	D	E	F	O	L	I
O	A	L	I	O	D	U	J	G	H	I	I	P	C
M	L	E	S	P	O	T	A	B	L	U	C	E	L
O	P	T	R	U	G	B	Y	J	K	Q	A	S	I
V	I	I	B	A	L	O	N	C	E	S	T	O	S
I	N	S	L	M	O	L	O	P	N	E	A	L	M
L	I	M	O	P	Q	E	R	S	U	V	N	I	O
I	S	O	Y	A	Z	B	X	E	N	X	F	B	Y
S	M	H	A	L	T	E	R	O	F	I	L	I	A
M	O	T	O	R	I	S	M	O	B	Z	O	P	N
O	E	J	A	N	I	T	A	P	A	E	G	F	I
E	Q	U	I	T	A	C	I	O	N	I	G	A	L

SOLUCIONES

SOLUCION ENIGMA LOGICO

5, plata, barón, Lulú.
12, blanco, duque, Jeanette.
17, rosado, marqués, Nina.
19, negro, conde, Bijou.
22, oro, príncipe, Solange.

